



¿QUÉ HACER? DE LENIN O LA POLÍTICA DE LA DIFERENCIA

Carlos Enríquez del Árbol*

El *¿Qué hacer?* de Lenin (que acababa de tomar ese nombre en diciembre de 1901) se publicó en la Verlag J.W.H. Dietz de Stuttgart el 15 de marzo de 1902¹. El que será dirigente bolchevique poco después, estaba embarcado junto a otros marxistas revolucionarios rusos en el empeño de *Iskra*, cuyo primer número se lanzó a la aventura de la difusión clandestina en diciembre de 1900. Para hacernos una idea de las precauciones que los revolucionarios iskristas rusos tenían que adoptar en la lucha clandestina bastará indicar que una de las imprentas ocultas dentro de Rusia se hallaba instalada en una mina abandonada de Bakú. En total se habían publicado 18 números de *La Chispa* en los catorce meses transcurridos. La lucha contra el revisionismo alemán, contra el economicismo ruso, iba viento en popa. No era desesperado imaginar por fin un congreso en condiciones de la socialdemocracia rusa. El de Minsk tenía su valor simbólico pero no efectivo.

Desde su cumplimiento de condena en Siberia, la vida de Lenin es un continuo peregrinaje. Ufa, Moscú, San Petersburgo, Pskov, Ginebra, Munich, Leipzig, Munich, Viena, Munich. Atrás quedó Shúshenskoye, las partidas de ajedrez y la guitarra, la pesca y la caza, las setas y los piñones siberianos y el peligro del invierno que sumerge en un goloso estupor. Sus caminatas con Nadia mostrándole el frío reino blanco encantado que hacía que el vaho del aliento de su recién casada se convirtiese en cristales de nieve. Ese paisaje que al detenerte se transforma en un cuadro viviente: una liebre que salta sobre un sendero invisible, carámbanos plateados que se diluyen en la cabeza de una cabra salvaje, un oso que desaparece en un amasijo multicolor, el aullido de un lobo que pide socorro... Y los tenaces estudios y las estadísticas que pueblan su *Desarrollo del capitalismo en Rusia*.

A finales de julio de 1900 cruza la frontera y en agosto está en Ginebra donde las dificultades en las relaciones con Plejanov estuvieron a punto de apagar la llama de *Iskra*. Pero los estorbos fueron vencidos: existían enlaces en las mayores ciudades del imperio, se reclutaron corresponsales, agentes para distribuir el periódico, los fondos necesarios y la colaboración del grupo de Plejanov. En marzo de 1902, Londres, siguiente etapa de su exilio ya le estaba esperando.

Pero ahora el libro está saliendo de la imprenta y comenzaba la gran partida: la lucha por el partido. Desde este momento la masa confusa y heteróclita de militantes tendría delante la materia ideológica para admitir la necesidad de una organización centralizada con una dirección firme y homogénea.

El movimiento obrero ruso se mostraba audaz pero había que erradicar el particularismo de los grupos provinciales que desarrollaban su actividad compitiendo con la organización vecina. Una prueba de la eficacia conseguida es que en muy poco tiempo *¿Qué hacer?* se pudiese leer hasta en los confines de Siberia. Y había que derrotar a un marxismo de moda pero aprendido en los "marxistas legales" que torpemente el zarismo había tolerado, pensando en perjudicar al populismo al que creía aún su mayor enemigo. Un marxismo revisionista que en Rusia se llamaba *economismo* y estimaba que la clase obrera no necesitaba un partido político para defender sus intereses vitales y mejorar su situación material.

Mucha es la riqueza que encierra este inesperado libro. También inesperado, como veremos, para la socialdemocracia. Su arquitectura, su estilo afilado, su nervio interno. *¿Qué hacer?* es un compendio de la política organizativa y de la táctica iskrista tras una experiencia de dos años. Es

* Pte. Asociación de Estudios marxistas (ADEM)
Granada, marzo de 2002

¹ El texto de este ensayo se ha redactado mientras desarrollo mi Seminario de la ADEM del 2002, *Lenin y la dialéctica de la revolución*, donde detallo las cuestiones que aquí están implicadas.



la crítica del ala derecha en la organización socialdemócrata. Es una rectificación polémica del economismo y al mismo tiempo la explicación de la enorme importancia de la lucha económica y de los sindicatos. Sorprendió ante todo (y todavía sorprende hoy a cualquiera que intente leerlo) lo que vamos a destacar en este ensayo, lo que consideraremos su núcleo teórico y político: la manera de hablar de la actividad espontánea que se podía esperar de la clase obrera. Este será el aspecto central que retendremos. Eso no significa que dejemos de lado los otros temas del libro: el combate implacable contra la situación de grupos dispersos y dispares, la centralización del partido, la homogeneización desde arriba, el periódico como esqueleto de la organización, el periódico como organizador colectivo, la necesidad de elevar la conciencia política del proletariado de la reivindicación económica al del enfrentamiento con el zarismo, el partido centralizado.

Lenin es el único que vio el rasgo diferencial, cómo el oportunismo y el revisionismo pueden infiltrarse en el movimiento obrero bajo el pretexto de los problemas de organización. Es desde esta perspectiva que tenemos que entender el famoso debate sobre el artículo 1º de los estatutos en el II Congreso del POSDR que se celebraría al año siguiente y que daría lugar al menchevismo y al bolchevismo. Si se mira desde aquí se comprenderá claramente la "intransigencia" leninista.

Plejanov había señalado correctamente la responsabilidad que incumbía a la *intelligentsia* en las raíces del revisionismo y del oportunismo, y Lenin compartía ese análisis, pero la diferencia radicaba más allá. La difusión del revisionismo y del oportunismo no sólo era culpa de la falta de decisión y pasividad de la *intelligentsia*, se debía también al oportunismo de los trabajadores. Lenin no ocultaba la "desagradable" cuestión de lo que se podía esperar de la actividad espontánea de la clase obrera. El proletariado por sí solo jamás superaría un estado de conciencia enteramente compatible con la indefinida perpetuación del capitalismo. Una clase obrera con orientación sindicalista, aún cuando extienda su actividad a la esfera política, no supondrá una amenaza seria para el capitalismo. La claridad de la argumentación leninista culmina en esos enunciados cortados diáfanoamente: si la mentalidad sindicalista es un síntoma de acomodación al capitalismo, una política sindicalista de la clase obrera no es otra cosa que una política burguesa de la clase obrera. Si se habla de los otros "temas" que hemos enumerado del *¿Qué hacer?* y escondemos éste, estamos mutilando la obra de Lenin, estamos borrando su lógica interna.

Para combatir la ideología espontaneísta de la clase obrera existía un medio: el recurso a la teoría que debía encargarse de lograr que el movimiento no quedara atrapado en el pantano del oportunismo.

Aparentemente Plejanov iba en la misma dirección: exhortar en la vigilancia de la ortodoxia frente a cualquier otra tendencia radical como algo indispensable para el éxito del movimiento socialista. Pero de nuevo Lenin introduce la *diferencia*², porque de lo que se trataba era de apreciar que la propia clase obrera, con su inclinación al oportunismo amenazaba a la socialdemocracia y había que introducir medidas para protegerla. (Obsérvese que eso no implica que Lenin no considere que la clase obrera no sea el "sujeto" dirigente de la futura revolución). La detección del peligro exigía profilaxis organizativa: los socialistas ortodoxos debían diferenciarse de los representantes típicos de la clase obrera. Si no el oportunismo proletario podía anegar la organización. ¡La ortodoxia en la teoría exigía ir a contrapelo de ciertas tradiciones del movimiento socialista que eran ya práctica de los partidos marxistas europeos! Así, frente a Lenin se levantará un coro de voces que recordará la *autoemancipación* del proletariado en Marx, lo que no es más que una lectura unilateral porque en Marx no se puede

² Aclaremos que cuando empleamos la categoría de *diferencia* no lo hacemos ni exactamente en sentido deleuziano, ni con la configuración que tiene en el debate feminista francés, (feminismo de la igualdad—feminismo de la diferencia), ni por supuesto en sentido heideggeriano. Digamos que no hemos descubierto sino que nos ha saltado a la vista en la obra de Lenin, algo que llamaremos, la diferencia en la oposición, o mejor, la *diferencia en el antagonismo*. Recordemos que para oponerse a la omnipotencia de la identidad hegeliana Althusser hablaba de un principio de contradicción múltiple o sobredeterminado. Cfr. «Contradicción y sobredeterminación», en *La revolución teórica de Marx*, Ed. Siglo XXI, México, cuarta edición, 1969. Ver el Anexo I a este ensayo.



entender esa autoemancipación sin comprenderla al mismo tiempo con otra idea con la que va relacionada y es que la ideología burguesa infecta al movimiento obrero de muchas formas entre ellas la de los falsos consejeros y guías. El peligro de lectura de la "autoemancipación" en Marx es que conducen al proletariado hacia el espontaneísmo en política. La autoemancipación vale como afirmación a escala histórica no como precepto de la lucha política.

Dicho de otro modo: hay un desfase entre el crecimiento del descontento obrero y la debilidad subjetiva de la dirección revolucionaria, más preciso todavía, el movimiento de masas y la teoría de la revolución se despliegan sobre terrenos que no están unidos por ninguna armonía preestablecida. Y entonces hay que estar atentos a este principio: cuanto más inmaduro sea el movimiento, por activo que sea, más fuerte debe ser la dirección revolucionaria. Lenin percibe que el carácter de clase del partido y el porvenir se juegan también en el conflicto aparentemente de procedimiento de centralizar la dirección política del Partido en manos de un comité de redacción dirigido por él mismo y en el que hay que dejar fuera a dirigentes históricos como Zasúlich, Axelrod y Potresov³. Desde el lado de los que no comprenden la dialéctica de la revolución estas ideas son vistas psicológicamente como "ansias de poder". Así lo verán los mencheviques y el Trotski de esa época. Y en cuanto a la autoemancipación, Rosa Luxemburgo o Trotski estarán dominados por la exaltación de la autoactividad de las masas que pueden ser constreñidas por un corsé autoritario. Eso les llevará a ambos a la falsa alternativa de ¿quién hará la revolución: las masas o el partido? Lenin en cambio toma como punto de partida dos cuestiones fundamentales, a) cómo estructurar en un movimiento unificado política y orgánicamente el movimiento obrero ruso disperso en una constelación de círculos desigualmente influidos por el marxismo y, b) cómo pueden los movimientos del proletariado que se agotan en luchas violentas, pero diseminadas o economicistas, elevarse a un nivel en el que tengan una auténtica fuerza política, con las que habría de contar la autocracia y burguesía.

Rosa o Trotski (poniéndolos como ejemplo de actitud revolucionaria, no como mencheviques) al afirmar que la vanguardia es la emanación del movimiento espontáneo de las masas lo que hacen es borrar la delimitación entre el Partido y las masas. Rosa dirá que no pueden existir departamentos estancos entre el núcleo proletario consciente, sólidamente encuadrado en el partido y las capas envolventes ya adiestradas en la lucha de clases y entre las que aumenta cada día más, la conciencia de clase. Lenin piensa lo contrario: en el enfrentamiento con el zarismo la clase obrera puede tener aliados más seguros como el campesinado y dudosos como la burguesía liberal, por tanto, debe intervenir en el terreno político de la manera más potente posible: centralización, homogeneidad, si no quiere que sus energías revolucionarias aprovechen a la burguesía como ocurrió en el siglo XIX en Europa. Cuando Rosa o Trotski defienden un concepto de partido en el que su relación con las masas debe ser íntima y constante, abierta, parece acompañarles el sentido común y sin embargo, se oculta una incomprensión (de apariencia inofensiva) gravísima que embellece la relación contradictoria existente entre la conciencia histórica del proletariado representada por el partido y su conciencia inmediata, cotidiana. La cuestión por el contrario para Lenin es evaluar el movimiento espontáneo de las clases dominadas y no hacerse ilusiones con él. Hipervalorar las posibilidades autoemancipatorias del proletariado de un costado, comprender sus limitaciones de otro. El primero conduce a olvidar que el campo político no es solamente el terreno en el que se expresan fuerzas sociales brutas sino un espacio donde en medio de la lucha se sitúan los cerrojos de la sociedad capitalista: estado, policía, ejército, y diferentes aparatos de dominación. Curiosamente en el costado primero aflora un cierto fatalismo revolucionario que está ausente en la concepción de Lenin. Y curiosamente cuando llegue la época de reflujo revolucionario la exaltación pura y simple de la espontaneidad esconde los peligros mortales del anarquismo o del reformismo –que son complementarios– y del liquidacionismo. Impresiona del *¿Qué hacer?*

³Todo esto ha sido confundido por la herencia estalinista de la III Internacional en los partidos comunistas (incluido el PCE) paralizándolos, al sostener por un lado el centralismo democrático sin combinarlo con la máxima cohesión teórica e ideológica posible, viviendo desconcertados tanto frente al capitalismo actual y al desplome del socialismo real como a la política concreta. Resumámoslo así: una esquizofrénica presencia de dirección centralizada sobre un mosaico de taifas ideológicas. Sostener así el centralismo puede sonar muy leninista pero es su mayor perversión. Esta nota tiene un carácter universal.



cómo prefigura los vaivenes posteriores no como anticipación o adivinación sino como consecuencia de la lógica férrea de la teoría.

Desprender de la teorización leninista que implica indiferencia ante las masas es uno de las acusaciones típicas y más erróneas. Para Lenin la condición fundamental del éxito organizativo de la clase obrera a través del partido es que ésta se diferencia en virtud de causas económicas objetivas de todas las demás clases de la sociedad capitalista por su mayor capacidad de organización. Sin esta condición, la organización de revolucionarios profesionales sería un juego, una aventura, un rótulo vacío, y la obra de Lenin insiste en que la organización que se defiende tiene sentido sólo en ligazón con la verdadera clase revolucionaria que se alza espontáneamente a la lucha. Las masas son indispensables para la revolución. Escogeremos una cita al menos. Pertenece al apartado c) del capítulo IV⁴: "La lucha política de la socialdemocracia es mucho más amplia y más compleja que la lucha económica de los obreros contra los patronos y el gobierno. Del mismo modo (y como consecuencia de ello), la organización de un partido socialdemócrata revolucionario debe ser inevitablemente de un *género distinto* que la organización de los obreros para la lucha económica. La organización de los obreros debe ser, en primer lugar, sindical; en segundo lugar, debe ser lo más extensa posible; en tercer lugar, debe ser lo menos clandestina posible (aquí y en lo que sigue me refiero, claro está, sólo a la Rusia autocrática). Por el contrario, la organización de los revolucionarios debe englobar ante todo y sobre todo a gentes cuya profesión sea la actividad revolucionaria (por eso, yo hablo de una organización de los *revolucionarios*, teniendo en cuenta a los revolucionarios socialdemócratas). Ante esta característica general de los miembros de una tal organización debe desaparecer en absoluto toda distinción entre obreros e intelectuales, por no hablar ya de la distinción entre las diversas profesiones de unos y otros. Esta organización, necesariamente, no debe ser muy extensa, y es preciso que sea lo más clandestina posible. Detengámonos sobre estos tres puntos distintivos"⁵. Fijémonos (aunque no podemos detenernos en esto) que Lenin hace saltar en pedazos la determinación por el origen de clase en el Partido⁶.

Concebir la conciencia de clase del proletariado como un producto mecánico de su situación en el modo de producción capitalista es el error de fondo. Lo que Rosa y Trotski no ven es el hecho de que la dimensión de la actividad de la organización no está esencialmente determinada por un nivel dado de la conciencia del proletariado (que por otra parte se transforma con el desarrollo del propio modo de producción capitalista) sino de manera permanente por los intereses históricos de la clase obrera. Es decir que en tiempos menos favorables se puede pasar de portavoz de la espontaneidad revolucionaria a paladín de su espontaneidad reformista.

Por todo esto, cuando se produzca la revolución de 1905 y la aparición de los soviets, Lenin en muy poco tiempo reconocerá el valor revolucionario de esa institución (comprendiéndolo como un órgano de combate del proletariado, un embrión de gobierno revolucionario y no un apéndice de la socialdemocracia) a la par que sus limitaciones (órgano local y urbano) lo que refuerza la necesidad objetiva del partido. Los soviets quedarán integrados en su táctica insurreccional que se prolongará hasta el boicot a la primera Duma en una etapa ya no tan favorable para la clase obrera y el campesinado. Pero en una época de reflujos de la conflictividad social, la lógica del *¿Qué hacer?* protegerá al bolchevismo de la tentación liquidacionista y de la política de conciliación. Más aún, en 1912 en la conferencia de Praga, la

⁴ El libro es de una claridad expositiva apabullante que se percibe ya desde la organización del índice. El capítulo IV se titula *Los métodos artesanos de trabajo de los economistas y la organización de los revolucionarios*, y el apartado c) La organización de los obreros y la organización de los revolucionarios.

⁵ OC. Ed. Akal, Madrid, 1976, Tomo V, p. 459.

⁶ El estalinismo pervertirá igualmente el leninismo en esta cuestión. Las purgas del 36 al 38 serán un exponente destructivo de características apocalípticas. Se habla de la necesaria distinción entre leninismo y estalinismo pero es una frase vacía si no se muestra punto por punto, por esta sencilla razón: la visión del leninismo que conocen los militantes y no militantes comunistas desde hace sesenta años es la visión dada por el estalinismo! *En Teoría de las formaciones postcapitalistas. (URSS 1924—1934)* Tesis Doctorado 1995 y junto a Carlos Torregrosa en *El comienzo de la historia* (Ed. Comares, de próxima aparición) creemos haber investigado y desentrañado la infraestructura del estalinismo.



separación del menchevismo se hará efectiva realmente proclamándose unilateralmente la fracción bolchevique como única representante legal del partido.

Pero Lenin para llegar aquí tuvo que pasar por siete años de un análisis implacable del populismo, liberalismo y revisionismo, bajo las formas rusas de 'marxismo legal', 'economismo' y 'menchevismo'. Recordemos que entre los trabajos primeros con los que Lenin (entonces firmaba como Tulin) irrumpió en la escena teórica rusa finisecular se encuentra *El contenido económico del populismo* publicado en 1895. Y ¿de qué trata ese texto? De una crítica, desde el marxismo, del populismo pero también de sus aspectos positivos como corriente democrático-revolucionaria en un país a las supuestas puertas de una revolución burguesa. De demostrar que en la lucha política contra el populismo se deslizaba una divergencia entre quienes (caso de Struve, Tugán-Baranovski, Berdiáev, etc.) eran demócratas burgueses para los que la ruptura con el populismo no significaba el paso del socialismo pequeñoburgués (o populismo) al socialismo proletario, como lo era para los socialdemócratas, sino al liberalismo. El propio Lenin, más tarde, pondría ese escrito como ejemplo que muestra el valor político-práctico de una polémica teórica intransigente.

Las críticas a este libro, uno de los esenciales de Lenin, no tardaron en sucederse. Pero el dirigente bolchevique se mantuvo impertérrito. Y al hacer balance de esas críticas advirtió su carácter cómico. Porque el error principal de los que polemizaban con el *¿Qué hacer?* estaba en que desligaban la obra de la situación histórica concreta y de un período de desarrollo del partido. Lenin describe posteriormente la situación de esta manera: "Hablar hoy de que *Iskra* (¡en 1901 y 1902!) exageraba la idea de la organización de revolucionarios profesionales, es lo mismo que si después de la guerra ruso-japonesa se reprochase a los japoneses el haber exagerado la fuerza militar de los rusos, el haberse preocupado exageradamente antes de la guerra por la lucha contra dichas fuerzas. Los japoneses, si querían lograr la victoria, tenían que reunir todas sus fuerzas contra el máximo posible de fuerzas rusas. Es de lamentar que muchos juzguen a nuestro partido desde afuera, sin conocimiento de causa, sin ver que *ahora* la idea de organización de revolucionarios profesionales ha alcanzado ya una victoria completa. Pero tal victoria hubiera sido imposible si en su tiempo no se hubiese presentado esta idea en *primer plano* y si no se hubiese expuesto 'exageradamente' a quienes impedían ponerla en práctica"⁷.

Tal vez un repaso a las tesis de *¿Qué hacer?* puedan ser útiles en estos momentos de confusión teórica e ideológica que padece desde hace tiempo el movimiento emancipatorio.

ANEXO I

La base de mis análisis se encuentra en la problematización real que tuve que hacer en 1991, mientras trabajaba en mi tesis doctoral *Teoría de las formaciones sociales postcapitalistas (Una investigación histórica: URSS 1924–1934)*⁸, de una cuestión filosófica que se arrastraba desde nuestra correspondencia con Althusser iniciada en 1975, su visita posterior a Granada, y más tarde con Balibar también en Granada: se trataba del problema de la *identidad de los contrarios/unidad de los contrarios* a propósito de mi elucidación del *fenómeno estalinista*. En mi primer seminario en la ADEM del año 1987–88, *Lo que no puede durar en la teoría marxista*, realicé una tentativa todavía limitada.

Una cita de mi tesis dejará, espero, clara la cuestión. "La burguesía no puede existir sin el proletariado; este sí puede existir sin la burguesía (negándose). Lo particular-universal del proletariado (su especificidad) consiste en que objetivamente se emancipa negándose. La burguesía no puede negarse sino que tiende a perpetuarse. El negarse una y perpetuarse otra no ocurre porque éticamente el proletariado sea superior a la burguesía, ni porque ambas se guíen por su particular conciencia ética, sino por su particular posición de clase dominante y

⁷ Lenin, O.C. Akal editor, Madrid, 1977, tomo XIII, pp. 95–96.

⁸ Universidad de Granada, Departamento de historia contemporánea, octubre 1995.



dominada, y por ser una la beneficiaria del producto social, y otra simplemente productora del mismo"⁹.

Los resultados de mi investigación dejaban diáfano en evidencia que la dialéctica marxista no podía sino desmarcarse absolutamente de la *identidad de los contrarios*. Los viejos debates de los años sesenta, y, sirva como ejemplo el de Godelier/Séve, mostraban por una parte su importancia teórica y por otra alguna pequeña limitación. Decía así Godelier: "Es fácil demostrar que si el principio de la identidad de los contrarios implica 'a fortiori' el de la unidad de los contrarios, la reciprocidad no es verdadera. Los contrarios pueden unirse sin ser necesariamente idénticos. Para Hegel el Amo es él mismo y su contrario, el Esclavo. Para Marx el capitalista no puede existir sin el obrero, pero no es el obrero"^{10[10]}. Nosotros tras nuestra investigación sobre la infraestructura ideológica del estalinismo añadíamos, como hemos visto por la cita anterior este matiz: el obrero puede existir sin el capitalista. El proletariado puede existir sin la burguesía.

Es obvio, que para llegar a estos resultados tuvimos que hacer una lectura detenida sobre todo de dos obras de Hegel: *La fenomenología del espíritu* y *La ciencia de la lógica*, de la crítica de Marx en sus distintos momentos, la lectura leninista en sus *Cuadernos*, Mao, etc. Y considerar los estudios sobre los 'orígenes' de la dialéctica hegeliana que nace en la época de Francfort (1797–1800) en el ambiente de crítica religiosa poskantiana, de la pregunta por el significado de la religión en la historia de la humanidad, de la contradicción entre la felicidad de la religión pagana y la infeliz religión hebraica, del nacimiento de la religión de Jesús y sus momentos, en resumen de la temática fundamental *escisión–reunificación*, que nos dará la primera forma de la dialéctica: resolver la antítesis mediante la reunificación de los opuestos. Luego la época de Jena marcada por la discusión con Fichte y Schelling, etc.

Llevaba por tanto razón Althusser cuando sostenía que lo que el marxismo le debe a Hegel es el concepto de *proceso*.■

BIBLIOGRAFÍA

- ALTHUSSER, L. *La revolución teórica de Marx*, Ed. Siglo XXI, México, 1969 (Cuarta edición)
- BALIBAR, E. "La contradicción. Categoría fundamental de la dialéctica materialista. Algunas tesis filosóficas". En VV.AA. *Teoría y praxis*. Fdo. Torres editor. Valencia 1977
- BARON, S.H. *Plejanov. El padre del marxismo ruso*. Ed. Siglo XXI, Madrid, 1976.
- BRIEN, A. *Lenin*, Ediciones B, s/f.
- BROSSAT, A. En los orígenes de la revolución permanente, Ed. Siglo XXI, marzo 1976
- ENRIQUEZ del ARBOL, C. *Teoría de las formaciones sociales postcapitalistas (Una investigación histórica: URSS 1924–1934)*, Tesis de doctorado, Universidad de Granada, 1995
- GODELIER, M/ SEVE, L. *Lógica dialéctica y análisis de las estructuras*, Ed. Caldén, B.A. 1973
- LENIN. *OC*. Tomos 1,2,3, IV, V, XIII, Ed. Akal
- RODRIGUEZ, J.C. *Brecht y el poder de la literatura*, en *Brecht, siglo XX*, Ed. Comares, Granada, 1998
- SHANIN, T, y otros. *El Marx tardío y la vía rusa*, Ed. Revolución, Madrid, marzo 1990
- WALTER, G. *Lenin*, Ed. Grijalbo, Barcelona, 1973

⁹ Op. cit, p. 131. Ver en el mismo sentido Juan Carlos Rodríguez, *Brecht y el poder de la literatura*, en *Brecht, siglo XX*, Ed. Comares, Granada, 1998.

^{10[10]} Godelier, M. «Lógica dialéctica y análisis de las estructuras», Ediciones Caldén, B.A. 1973, p. 29.